

I Concurso Regional de Lectura en Público

Modalidad A. Individual

Alfanhuí (Rafael Sánchez Ferlosio)

“La abuela de Alfanhuí vivía en un segundo piso al que se entraba por un patio. El patio estaba separado de la calle por una tapia y una portina, y cercado de casas por los otros tres lados. A la derecha, había una escalera estrecha de piedra que tenía una barandilla de hierro y una parra de moscatel. Al final de la escalera había un descansillo largo como un balcón, cubierto también por la parra. A la derecha se abría una puertecita baja y allí vivía la abuela.

La abuela de Alfanhuí incubaba pollos en su regazo. Le solía venir una fiebre que le duraba veintiún días. Se sentaba en la mecedora y cubría los huevos con sus manos. De vez en cuando les daba la vuelta y no se movía de la mecedora, ni el día ni la noche, hasta que los empollaba y salían. Cuando venía la primavera todos los niños le llevaban los huevos que encontraban por el campo. La abuela solía enfadarse porque le parecía poco serio aquellos de incubar pájaros entre huevos de gallinas. Pero los niños y niñas venían con huevos pintos, huevos azules, huevos tostados, huevos verdes, huevos rosas. “Este para ver de qué pájaro es”; éstos porque quiero criar dos tórtolas”; “éste porque la madre lo ha aborrecido”; “éstos porque estaban en mi tejado”; “éstos porque quiero ver que bicho sale”; “éste porque quiero tener un pajarito”; el caso es que sobre los quince huevos de gallina o de pato que solía incubar la abuela se le juntaban, a veces, hasta cincuenta de aquellos huevos primaverales y multicolores sobre su negro regazo:

-¡Engorros, engorros!, eso es lo que traéis –gritaba la abuela.

Pero el revuelo de verdad se formaba a los veintiún días. A las once de la mañana la escalera y el descansillo se llenaban de niños y niñas que esperaban a que la abuela abriera la puerta y diera sus pájaros a cada cual. La abuela se hacía esperar mucho y los niños jugaban y gritaban por el patio y por la escalera. Y había falsas alarmas cada vez que oían a la abuela moverse dentro del cuarto. ¡Ya abre!, ¡ya abre!, y la espera no se acababa nunca. Por fin, hacia el mediodía, la abuela abría la puerta. Todos se apiñaban en la entrada y se pegaban por ponerse primeros. La abuela se acordaba del huevo de cada cual y no se equivocaba nunca. Los niños se quedaban en el dintel y la abuela empezaba a entregar los pájaros: “aquí tienes tus tórtolas”; “el tuyo era cuclillo”; “el tuyo de tordo”; “el tuyo vencejo”; “el tuyo pardal”; “del tuyo han salido culebras”, y el niño ponía las manos y se llevaba cinco culebritas negras. Porque, ¡ay del que no estuviera conforme con lo que salía!, había que llevarse lo que fuera. No había cosa que indignara tanto a la abuela como los caprichos. -¿Te da asco cogerlas?, pues te aguantas, que yo las he tenido veintiún días dándoles mi calor.

Al terminar, volvía a enfadarse; después de haberlos incubado veintiún días con tanta paciencia, la abuela se indignaba:

- ¡Y no volváis más! ¡Nunca más! ¡Todos los años con la misma historia!, y luego no os acordáis nunca de la abuela, ni la traéis un mal dulce, ni la venís a ver, ¡fuera, fuera! ¡El año que viene ya veréis!”